

El tabaco que fumaba Plinio

Gustavo A. Silva*

CATELLI, Nora, y GARGATAGLI, Marietta: *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona: Serbal; 1998; 446 págs. ISBN: 84-7628-261-3. Precio: 22,84 euros.

El título y subtítulo de esta obra, sorprendente el primero y excesivamente largo el segundo, describen y resumen con gran exactitud el contenido. Se trata, en efecto, de una vasta y variadísima antología de textos relacionados con la traducción al español que van desde el siglo X hasta 1925. El criterio de selección de las autoras ha sido el de reunir textos que reflejen la forma en que la cultura española, en la operación traductora, ha visto a «los otros», particularmente en dos momentos cumbre de su historia: la convivencia de las culturas mora, cristiana y judía en el medioevo y, más tarde, el encuentro de España con los centenares de lenguas indígenas en América. «La escena de la traducción —nos dicen las antologadoras— es el lugar imaginario donde se enjuicia, precisamente, la existencia de los otros».

En otra parte del prólogo, podemos leer algo más que nos ayuda a entender el enfoque de la obra: «Las diferencias literarias y culturales entre los países europeos se sustentaron en un origen común: la tradición grecolatina. El derrotero de los españoles fue diferente: para encontrar su lugar dentro de la cultura europea tuvieron que rechazar, eliminar, ocultar las raíces semitas que no compartían con el resto de los europeos». Así, en la cultura española se fueron borrando las huellas de árabes y judíos, pues «no hay ningún testimonio escrito de la actividad de traducción del árabe al castellano que pueda coexistir, en el imaginario hispánico, con las *Glosas emilianenses*».

Esa actitud vuelve a manifestarse con la llegada de los españoles al Nuevo Mundo, pues el gigantesco encuentro de lenguas que tuvo lugar allí, la operación filológica que suscitó y que habría debido tener como fin el conocimiento y la difusión de aquellas culturas también se frustró, y éstas acabaron siendo excluidas en los países hispanoamericana-

nos. A la España conquistadora las lenguas autóctonas sólo le importaron como vehículo para traducir su modo de pensar y su cultura a los pueblos conquistados; jamás se planteó la necesidad o la conveniencia de la operación inversa: traducir las lenguas indígenas al castellano para conocer las nuevas culturas con las que los españoles iban entrando en contacto. Con esto, «se perdió, prácticamente para siempre, el contenido propio de las culturas americanas». La exclusión se ha perpetuado por medio milenio, pues aun en nuestros días «jamás las antologías corrientes que reúnen para estudiantes, estudiosos y lectores de textos sobre la traducción —ya cubran todo Occidente, ya se limiten a España— incluyen el problema, los textos, los documentos, las reflexiones que suscitó América».

Las actividades de traducción al español, tanto en la península como en América, dibujan —nos dicen las autoras— un mecanismo repetido y común. «Se articulan como una serie de ininterrumpidas estrategias de omisión del *otro*, que es siempre un enemigo previamente satanizado, convertido en caníbal, lujurioso, asesino, interesado o cruel. Así fueron los musulmanes, así los judíos, así los indios [...] Hasta el siglo XX no hubo traducción castellana (documentada y seria) de los poetas, filósofos o científicos hispanoárabes o hispanohebreos. Simétrico anonimato sufrieron códices americanos o manuscritos y volúmenes españoles que se editaron entre finales del siglo pasado [el XIX] y la mitad de éste. Sin olvidar los que voluntariamente se “extraviaron”, los que fueron robados, destruidos, mutilados o condenados a la hoguera».

La obra no pretende ser revisionista, pues las autoras no se propusieron descubrir manuscritos o autores desconocidos. «Para *volver a ver* hemos recogido fragmentos olvidados de nuestras tradiciones. Por ejemplo, los prólogos de las Biblias, cuya materia no es otra que la reflexión sobre la traducción de lo sagrado; la versión del *Pastor Fido*, de

*Servicio de Traducción de la Organización Panamericana de la Salud. Washington, D. C. (Estados Unidos).
Dirección para correspondencia: gussilva@aol.com.

Guarini, por Isabel Rebeca Correa; la actividad literaria de Martín Jacobita y otros indios americanos, ocultos bajo el equívoco rótulo de “informantes” de fray Bernardino de Sahagún; la prosa latina de Pablo Nazareo, indio mexicano.»

Siguiendo un criterio cronológico, se han reunido los textos americanos con los europeos, sin respetar la separación infundada entre «lenguas de cultura» y «lenguas de intercambio». Otro rasgo distintivo de esta antología es que los textos incluidos van precedidos de «presentaciones, consideraciones, elucubraciones, juicios tajantes, opiniones y elogios, a veces eufóricos» de las antologadoras. Según afirman, éstas seleccionaron, de una masa considerable y magnífica de textos, los que mostraban más elocuentemente la forma de captar o definir a los *otros* en nuestra cultura. «Hemos sido generosas —comentan— en la reproducción extensa de los extraordinarios prólogos de las primeras traducciones de la Biblia [...] porque ya no se incorporan a las versiones bíblicas corrientes. Junto a ello se encontrarán documentos de los que nadie diría que forman parte de la historia de la traducción: manifiestos bélico-evangelizadores como el del marqués de Loreto a los chiriguano; proclamas guerreras como las de Emiliano Zapata; biografías como la del abate Marchena».

Los textos americanos son numerosos y se ha optado por «ilustrar la traducción en América recopilando documentos que mostraran dos modelos básicos: el de las grandes culturas prehispánicas —México y Perú— y el de la traducción como parte explícita de la construcción de las naciones independientes en Argentina, Cuba y Venezuela». Los textos se han reproducido tal como aparecen en las diversas fuentes consultadas, sin alterar la ortografía, lo cual es un acierto, pues permite paladear el aroma y el sabor del español de otras épocas.

Como hispanoamericano y como traductor que soy, esta obra me ha resultado fascinante e interesantísima. No se crea, por lo reseñado líneas arriba, que con ella se pretende en modo alguno enfrentar a los hablantes de una y otra orilla del Atlántico. Al contrario, de esta lectura uno sale enriquecido al reafirmar la vastedad, complejidad, diversidad y hermosura de nuestra lengua, que en los últimos quinientos años se ha propagado por vastísimos territorios en los que ha prosperado y dado frutos a granel. Y esto

ha sido así, en gran medida, porque la pretensión de menospreciar al *otro*, de hacer como que no existe, ha sido arrolladoramente superada por la realidad, dado que el otro existe y se ha apropiado de la lengua que pretendía negarlo. La ha hecho suya, la ha transformado, imprimiéndole su sello, y con ello la ha enriquecido grandemente.

Además de los prólogos y las cartas relacionados con la traducción de distintas versiones de la Biblia, he disfrutado en especial los documentos de la causa inquisitorial que se le siguió a fray Luis de León, no por traducir el *Cantar de los Cantares*, como se ha venido repitiendo, sino por «la osadía de defender que la traducción es interpretación y creación, que es descubrimiento y éxtasis, que es sentir la libertad de la mano que se equivoca y del pensamiento que fluye», osadía que pagó con cinco años de cárcel. Sorprende gratamente encontrarse con textos escritos por Colón, Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, primeros «traductores», de cara a sus coterráneos, de la nueva realidad con que se estaban enfrentando y que ya empezaban a transformar drásticamente. Resulta muy ilustrativa la comparación que se establece entre el padrenuestro en castellano y latín del siglo XVI con sus correspondientes versiones en náhuatl y en escritura pictográfica. Sin proponérselo, un par de manifiestos de Emiliano Zapata nos permiten hacer un ejercicio de traducción inversa, al contrastarse el texto original en castellano con otra versión traducida de la versión en náhuatl. Por último, en la carta con la que Juan María Gutiérrez, argentino, declina el nombramiento que le había conferido la Real Academia Española se resumen los sentimientos antiespañoles tan difundidos en Hispanoamérica durante los primeros años de la independencia, los cuales llevaron al extremo de querer establecer lenguas nacionales que se alejaran del español. Son éstos sólo los proverbiales botones de muestra, pues la obra ofrece más, mucho más.

Finalmente, el texto que le da nombre al libro no es meramente un anacronismo, como pudiera parecer, sino la evidencia de la tesis fundamental del libro. Siguiendo el ejemplo de los críticos de cine, no voy a revelar la trama, es decir, no voy a decir por qué, pero estoy seguro de que los lectores que se acerquen a la obra motivados por esta reseña estarán de acuerdo conmigo.